

El *backstage* de la sociología

Tras bambalinas con Wright Mills, Sennett y Bauman

Alejandra Ramm

Universidad de Valparaíso, Chile

alejandra.ramm@uv.cl

El *backstage* de la sociología

Tras bambalinas con Wright Mills, Sennett y Bauman

Alejandra Ramm

RESUMEN

Este artículo reflexiona en torno a cómo se hace sociología en la práctica, siguiendo las ideas de Wright Mills en *La imaginación sociológica*, de Sennett en *El artesano* y de Bauman en *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?* A esto se suman las experiencias personales de la autora realizando trabajo intelectual como mujer y académica de una universidad pública de provincia. Se plantea que la sociología es una artesanía y que en tanto tal remite a un conjunto de prácticas que requieren ser realizadas en forma continua y cotidianamente, dando origen a un hábito. Así, la artesanía es una tarea de largo aliento en la que se funde la producción de un objeto y de la propia artesana/o. Al practicar la artesanía no solo vamos produciendo sociología, sino que también nos vamos haciendo a nosotras/os mismas/os como sociólogas/os. Sin embargo, la artesanía va contra corriente de las formas modernas del trabajo centradas en la utilidad, productividad, eficiencia, competencia y multitarea. Quien intente practicar la artesanía intelectual tendrá que lidiar con dificultades sustantivas y reales. La forma de enfrentar tales dificultades está en reconocer los valores que subyacen a la artesanía.

PALABRAS CLAVE

Trabajo intelectual, Neoliberalismo, Educación superior, Profesiones, Sociología

The *backstage* of sociology

Behind the scenes with Wright Mills, Sennett and Bauman

Alejandra Ramm

ABSTRACT

This article deals with how to do sociology in practice, based on the works *The Sociological Imagination* by Wright Mills, *The Craftsman* by Sennett and *What Use is Sociology?* by Zygmunt Bauman. In addition the author reflects on her own experience doing intellectual work as a female academic from a state university located in a province (as opposite to the capital city). The paper states that doing sociology is a kind of craftsmanship. As such it entails performing a set of practices on a daily basis, eventually building up a habit. Through practicing sociology, we are not just producing intellectual outcomes but also, we turn ourselves into sociologists: the practice of sociology is also the practice of becoming a sociologist. Nevertheless, nowadays doing sociology as a craftsmanship means to go against the tide of modern work, which is focused on productivity, efficiency, competition, and multi-tasking. Thus, whoever seeks to practice sociology as a craftsmanship will face substantive difficulties. The way to cope with those difficulties is to acknowledge craftsmanship's underlying values.

KEYWORDS

Intellectual work, Neoliberalism, Higher education, Professions, Sociology

INTRODUCCIÓN

Mi reflexión pone al centro la idea de la sociología, y de las ciencias sociales en general, como una práctica. Las prácticas refieren a la pregunta por el cómo, ¿cómo se hace sociología? El cómo es la producción tras bambalinas, el *backstage*, lo que no se ve y no se habla, pues hacerlo quitaría magia a la puesta en escena de la teoría. Por eso la referencia al *backstage*, a lo que sucede fuera de la vista del público. Este “cómo” de la sociología se aprende especialmente por medio del entrenamiento que conlleva realizar un doctorado en la disciplina. Este texto surge originalmente de una charla dada a estudiantes de doctorado en ciencias sociales, y por eso mis referencias a esa audiencia.

Haciendo memoria y reflexionando sobre mi propia experiencia realizando un doctorado en sociología, me doy cuenta que, por sobre todas las cosas, ahí me formé en el oficio, en la práctica de la sociología. En otras palabras, inculcó en mí la formación de un hábito, de una rutina de trabajo que fue haciendo de mí una socióloga. El cómo no es ajeno a las condiciones, a la experiencia de vida de quien hace sociología, en tanto la propia trayectoria de vida está profundamente marcada por género, edad, clase, etnia y territorio, entre otras.

Lectora o lector, mi invitación es esta: que el doctorado sea una entrada al taller de las ciencias sociales. Al hacer un doctorado es cierto que obtendrán una serie de conocimientos y una certificación que debiera ampliar y mejorar sus posibilidades laborales. Pero a mí entender, lo central es que el doctorado es el taller en que podrán aprender los hábitos, las rutinas del oficio. Entonces, contrario a lo que se cree, aprenderán por sobre todo prácticas,

más que saberes específicos. Si solo se llevan saberes específicos, el paso por el doctorado habrá rendido lo mínimo. Si, en cambio, aprenden y perfeccionan las prácticas del oficio, entonces el doctorado será real y sustantivo, pues las/os habrá habilitado para ejercer la artesanía de las ciencias sociales.

Esta reflexión la hago en un contexto de un estallido social. Luego de 30 años de silencio —en que los últimos años no fueron tan silenciosos en verdad— en octubre de 2019 de pronto el país se volcó a las calles a manifestarse, a movilizarse con una fuerza inaudita. Como sociólogas/os este estallido nos interpela, ¿cómo dar cuenta de lo que está sucediendo? Aquí es cuando se pone a prueba lo aprendido tras bambalinas en el doctorado, el hábito de trabajar en el taller de las ciencias sociales, para dar cuenta de lo que está sucediendo en el teatro del mundo social.

Si hace sesenta años Wright Mills sintió la necesidad de defender la sociología como oficio en EEUU, actualmente su defensa es necesaria en Chile. Especialmente en estos días de agitación social y de profesionalización de las carreras. Creo que para las ciencias sociales hoy el mayor peligro es cerrar los eventos actuales bajo una interpretación apurada y, probablemente, simplista. Sean las brutales desigualdades sociales, las deficientes políticas públicas, las irracionales pulsiones juveniles, los efectos imprevistos del crecimiento económico, u otra. La/el artesana/o resiste esa presión a la interpretación rápida y fácil (Sennett 2017).

En este contexto, este artículo se basa sobre todo en la reflexión de Richard Sennett (2017) sobre artesanía intelectual. El análisis de Sennett es útil para entender de manera más acabada y concreta a qué se refiere Wright Mills cuando define las ciencias sociales como una artesanía en oposición a una profesión. Este artículo consta de tres partes. Primero, reviso la oposición entre profesión y artesanía, mostrando cómo la sociología desde temprano rechazó la transformación del trabajo en profesión con la llegada de la modernidad. Pese a estas críticas, la comprensión del trabajo como profesión es hoy predominante, lo cual se refleja en el actual sistema de educación superior del país. Luego, recurriendo a Richard Sennett, profundizo en

la sociología como práctica, analizando en detalle las características y consecuencias de esto. Por último, describo mi propia experiencia de intentar hacer artesanía intelectual como académica feminista de una universidad pública de provincia. A lo largo de todo el texto uso reflexiones de Zygmunt Bauman para ilustrar y ahondar en las ideas expuestas.

PROFESIÓN VS ARTESANÍA

Wright Mills, siguiendo a Weber, desarrolla una profunda crítica de la visión moderna de las ciencias sociales como profesiones. Para Weber, la profesión denota un saber técnico, especializado, impersonal, racional y que suspende el juicio ético (Weber 1997, 2013). La profesión remite a un saber que es usado como un medio para lograr un fin dado de manera externa. Así, lo que rechaza Wright Mills, siguiendo a Weber, es la profesionalización de las ciencias sociales, mediante la cual pasan a ser una manifestación más del proceso de racionalización o de la creciente dominación burocrática propia de las sociedades modernas. El análisis del Marx “joven” de la alienación del trabajo formula una crítica similar (ver Marx 2001). Para Marx, el trabajo moderno es ajeno al ser humano, es externo e impuesto, mecánico y fragmentado, aliena al ser humano de los otros seres humanos y de su propia humanidad. Así también para Marx el problema del trabajo moderno es que este es reducido a un medio.

La falta de una finalidad intrínseca de la profesión se hace patente al ver que hoy casi todo trabajo es valorado en términos de su utilidad. Utilidad que va de la mano de la productividad, es decir, de la capacidad de producir en forma rápida y eficiente. El trabajo es así transformado en un asunto serio, para lograr el mejor desempeño posible. Este énfasis en la rapidez y eficiencia lleva, a su vez, a una concepción competitiva del trabajo, que valora a quien trabaja más rápidamente y empleando eficientemente los recursos disponibles. Por lo mismo, el desarrollo de una carrera profesional exitosa

se torna en un asunto individual. En la misma línea surgen discursos que promueven el hacer más de una tarea a la vez o la multitarea. A esto se suman los discursos de calidad, que generalmente son desplegados por grupos privilegiados para reivindicar su propio estatus y supuesta superioridad (Sennett 2017: 302). De manera esperable, el trabajo moderno lleva a altos niveles de estrés, ansiedad, angustia, depresión y sinsentido.

Pero, ¿cómo se baja a Chile y específicamente a la formación en ciencias sociales estas reflexiones sobre el trabajo moderno de los clásicos de la sociología? Está fuera de mis intenciones hacer una reflexión sobre las características del trabajo en Chile, que sabemos son muy problemáticas (Sehnbruch 2006). Más bien intentaré dar cuenta brevemente de las tendencias dominantes en la educación superior, pues estas son centrales para entender la formación de las ciencias sociales como profesión.

Bajo la dictadura cívico-militar (1973-1989), en Chile no se necesitó de ninguna presión externa para adherir a un neoliberalismo económico ortodoxo. Asimismo, desde el regreso de la democracia, Chile ha sido entusiasta en adherir al modelo de educación promovido por agencias internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y el Banco Mundial (BM), entre otras. Estas agencias son reconocidas por promover e imponer el neoliberalismo a nivel global. El neoliberalismo apoyado por éstas se despliega, por una parte, como política económica ortodoxa basada en el libre mercado y en el consumo como fuentes de libertad y felicidad. Por otra parte, usan el neoliberalismo como ideología o técnica de gobernabilidad que acuña y activa discursos de empoderamiento, emprendimiento y competencia (Steger y Roy 2010). Asimismo, promueven una concepción de Estado subsidiario, con un claro privilegio por políticas públicas focalizadas, en desmedro de políticas universales.

Históricamente en Chile la educación superior ha sido entendida por las clases gobernantes como un elemento central para el desarrollo del país. Hoy en día esto se mantiene, y se observa una concordancia entre la visión sobre educación promovida por el Estado chileno y por las agencias

económicas y de desarrollo globales ya mencionadas. De hecho, el último reporte de la OCDE sobre educación en Chile, afirma que la educación superior juega un papel central para el *desarrollo país*, y que debe ser relevante para la sociedad y la *economía* (OECD 2017, cursivas de la autora).

Desde esta perspectiva las instituciones de educación superior, tales como las universidades, serían el nexo entre “creación de conocimiento, educación, innovación y crecimiento económico” (OECD 2017: 25). De esta manera, las universidades serían esenciales para construir y reproducir el capital humano y cultural para que Chile logre salir de su modelo económico actual, basado en la exportación de materias primas, y avance hacia un “sistema diversificado que fomente la inclusión social” (OECD 2017: 26). Entre las recomendaciones de la OCDE se encuentra lograr una relación más estrecha con el sector productivo (OECD 2017: 28).

Estas citas del informe sobre educación en Chile de la OCDE son repetidas de manera casi textual por los actores del ámbito de la educación: autoridades ministeriales, universitarias, y expertos. El mensaje es claro: las ciencias sociales, al igual que las demás carreras universitarias, son un medio para lograr crecimiento económico, que es usado como *proxy* de desarrollo o crecimiento social. Las sociedades más desarrolladas económicamente, con una matriz económica más diversa, serían también sociedades más inclusivas. Esta asociación entre desarrollo económico y felicidad humana, es muy discutible, tal como indicó Durkheim, en su obra clásica, *La división del trabajo social*. El punto a destacar aquí es la instrumentalización economicista de la educación superior, la cual queda reducida a formar profesionales que aporten al desarrollo y diversificación de la estructura productiva del país.

Por el contrario, la artesanía plantea que para poder trabajar bien, se necesita libertad respecto de las relaciones entre medios y fines (Sennett 2017: 353). La/el artesana/o, contrario al profesional, debe permitirse libertad para jugar con sus herramientas y con los materiales con los que trabaja. Como señala Sennett, “cuando se impone la utilidad, los adultos pierden algo esencial a la capacidad de pensar: la libre curiosidad” (2017: 332).

En segundo lugar, la artesanía más que un saber es, sobre todo, un *hacer*. Wright Mills, en el apéndice *La imaginación sociológica*, afirma que la “ciencia social es la práctica de un oficio” (2003: 206). Por lo mismo, desde la perspectiva de la artesanía no existe la dicotomía entre práctica y teoría, puesto que *hacer es pensar* (Hyde 2008). Así lo que constituye la artesanía es la práctica, más bien, el ejercicio rutinario de una serie de prácticas. Esto desafía la tajante separación, propia de la cultura occidental, entre mente y cuerpo, que otorga una clara preeminencia a la primera sobre el segundo. Por el contrario, la perspectiva de la artesanía intelectual señala que el ejercicio de la sociología requiere de la unión entre cuerpo y mente. De hecho, Sennett plantea que “todas las habilidades, incluso las más abstractas, empiezan como prácticas corporales” (2017: 22). Al poner la práctica al centro, el cuerpo abandona el *backstage* y entra al escenario.

Un tercer elemento de la artesanía es que en el proceso de producción están integrados el pensar y el sentir (ibid. 18). Es decir, se trata de algo distinto al despliegue frío e instrumental de racionalidad técnica propia de la profesión. La/el artesana/o al trabajar da cabida a las emociones. Este reconocimiento del papel de los sentimientos se asocia también al reconocimiento dado al cuerpo, a la corporalidad, en el trabajo artesanal. Son las emociones las que mueven el trabajo artesanal, especialmente la *obsesión*, que permite la instalación de cierto hábito de trabajo y la perseverancia necesaria para lograr una producción abundante (ibid. 324).

Me parece que estas características de la artesanía muestran que esta concepción del trabajo es heredera de la noción de trabajo no alienado del Marx “joven” (Marx 2001). En el trabajo no alienado la/el trabajadora/r plasma parte de sí misma/o en el producto creado, productor y producto están íntimamente interrelacionados a través de un proceso de mutua transformación. Así, por ejemplo, el (sujeto) aprendiz deviene en maestro al transformar un (objeto) tronco de árbol en mesa¹. Por lo mismo, me

1 Rafael Alvear, uno de los editores de la revista, me sugirió este ejemplo, lo cual agradezco.

parece que lo que define la artesanía es el trabajo honesto. Trabajo honesto en el sentido de ser el producto que uno logra crear con las herramientas que tiene disponible (y del uso más o menos creativo que hagamos de estas), en el contexto y con la trayectoria que cada uno enfrenta en el proceso de producción.

Aquí me parece oportuno mencionar la relación entre historia personal e historia social, o entre biografía e historia. Wright Mills señala que quien practica un oficio o artesanía “no separa su trabajo de su vida” sino que “emplea cada una de ellas para enriquecer la otra” (2003: 206). Así, la vida de quien practica un oficio y la práctica del mismo se entrelazan íntimamente. Este entrelazamiento entre vida y trabajo tiene un doble significado. Nuestras experiencias no solo nos ayudan a alimentar la reflexión sociológica, sino también, a entender nuestra propia existencia. Al entender nuestra experiencia, nuestras trayectorias de vida como parte de un tejido social más amplio, al buscar dibujar, entender e interpretar lo social, también estamos buscando dibujar, entender e interpretar nuestra propia existencia. Así el sentido vuelve al centro de la sociología y al centro de nuestra existencia. Zygmunt Bauman expresa esto de manera más clara cuando señala que el sentido de la sociología, “es poner de manifiesto la compleja red de vínculos causales entre las penas sufridas individualmente y las condiciones producidas colectivamente” (2014: 66). Para ilustrar esta íntima conexión entre biografía e historia y a propósito del actual estallido social, cito extractos del relato de mi colega Sonia Reyes. El texto completo, que recomiendo leer, está publicado en el archivo social en línea “Valpo a Voces”².

2 Valpo a Voces es un registro social centrado en recoger cómo la V región de Valparaíso, está viviendo, resistiendo, manifestándose en estos días de movilización y transformación social. Es un archivo social construido por la comunidad de la Escuela de Sociología de la Universidad de Valparaíso, abierto a todas/os aquellas/os que quieran aportar. Disponible en: <http://valpoavoces.cl/>

(...) Me paro en el tiempo: trascurrieron 47 años desde que aprendí, en la Escuela de Osorno y con la Unidad Popular, mis primeras “canciones revolucionarias”; hace 33 años que, en la Universidad de la Frontera, durante la maldita dictadura, canté mil veces “El baile de los que sobran” y “La voz de los 80”, involucrándome activamente en cuanta protesta hubo en Temuco desde el ‘83 en adelante.

A casi un mes del “estallido social”, ya no como estudiante ni viviendo en alguna ciudad sureña, sino como profesional y en el puerto de Valparaíso, me resuena con fuerza y energía la misma música: Víctor Jara y Los Prisioneros siguen vigentes. Esta vez no canto con la alegría de mi infancia ni la esperanza infinita que me movilizaba en la juventud. La escucho nuevamente y me inunda la desconfianza y la duda sobre la posibilidad de cambio en la sociedad chilena. Porque los dos momentos que marcaron “políticamente” mis 56 años, hoy me recuerdan dos frases que tengo en la memoria:

Osorno – Mi abuela materna llorando desconsoladamente y diciendo “hija mataron al Chicho”³.

Temuco – Mi padre, casi sin lágrimas, pero con profunda tristeza me dijo —cuando asumió Aylwin— “hija, esto no va a cambiar”.

(...) No obstante me esfuerzo por confiar y creer que esta vez será distinto y posible, porque no quisiera recordar cuando tenga 70 años, lo que me dijo ayer mi sobrino de 30 años – cuando conocimos el mal llamado “Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución”:

“¿Tía cómo crees que algo va a cambiar, si son los mismos de casi 50 años”?

Que la historia no le dé la razón. (Reyes Herrera 2019).

3 “El Chicho” forma coloquial de referirse a Salvador Allende.

EL OFICIO DE HACER SOCIOLOGÍA Y DE HACERSE SOCIÓLOGA/O

Al ser la sociología una práctica, al llevarla a cabo, instalamos y desarrollamos una serie de acciones rutinarias que nos van conformando, no solo como sociólogas/os sino también como seres humanos. Así, a través del oficio de la sociología, nos vamos construyendo y formando a nosotras/os mismas/os: nos vamos *haciendo*. Este papel del oficio en formarnos se comprueba en la observación cotidiana de que las ocupaciones dan pie a ciertos tipos físicos y de personalidad: la/el funcionaria/o pública/o, la/el feriante, la/el médica/o, la/el intelectual, la/el artista, etc.

Sin embargo, la apuesta de Sennett va más allá, al afirmar que este hacernos a nosotras/os mismas/os, a través del trabajo artesanal, también dota de sentido a nuestra existencia. Sennett recurre a la noción de vocación [*Beruf*] que usa Weber, la cual en una de sus acepciones significa “la gradual acumulación de conocimientos y habilidades y la convicción cada vez más firme de tener como destino hacer en la vida precisamente lo que se hace” (ibid. 309). En otras palabras, equivale a darle sentido a la propia vida a través de lo que una/o hace. Pero este sentido no viene dado desde fuera, como sería un llamado de Dios u otro. Aquí la vocación surge “desde dentro”, desde el hábito. Un ejemplo de esto, es que Bauman, hacia el final de su vida, responde así a la pregunta de por qué la sociología era importante para él: “quizás sea que después de muchos años pensando y practicando la sociología, se ha vuelto parte inseparable de mi vida” (2014: 52).

La lentitud es vital para instalar la práctica, el hábito del oficio. En palabras de Sennett, “la lentitud del tiempo artesanal es una fuente de satisfacción; la práctica se encarna en nosotros y hace que la habilidad se funda con nuestro ser” (2017: 362). Pero la lentitud también es necesaria para que pueda surgir la reflexión (2017: 309). Dar tiempo a las cosas, a explorar, a familiarizarse, a reflexionar, a ir y volver entre herramientas y materiales. Esto es algo que tiene claro la antropología, que dedica mucho tiempo a la “inmersión en el campo”

y esa inmersión, además suele ser abierta, basada en un esbozo más que en un plan de trabajo definido.

La artesanía se basa en la conexión, en el diálogo entre prácticas concretas y pensamiento. La/el artesana/o llega a ser tal cuando este diálogo llega a ser un hábito. Contrario a la visión que presenta la práctica como una repetición mecánica, Sennett nos presenta la práctica es fuente de versatilidad y de virtuosismo. Así el virtuosismo no es un don caído del cielo, solo presente en seres excepcionales. El virtuosismo surge del ensayo y error, de volver a hacer, una y otra vez. Ya lo dice el dicho, “la práctica hace al maestro”. Por lo mismo, la motivación es más relevante que el talento (ibid. 23). Es decir, no se requiere de un talento especial para hacer artesanía. Todas/os podemos llegar a ser artesanas/os.

La/el artesana/o se concentra en trabajar con problemas concretos (ibid. 326). Para esto, entra en diálogo con el mundo material y con nuestra experiencia de este. Como dice Bauman, “estamos aquí para recoger evidencias y emprender un diálogo continuo con la experiencia” (2014: 76). La/el artesana/o tiene que lidiar con herramientas imperfectas y materiales indóciles. El mundo empírico nos habla constantemente, a través de su resistencia, de su ambigüedad, y de sus cambios (Hyde 2008). La/el artesana/o lejos de rechazar esto entra en diálogo con este mundo material y, para hacerlo, recurre a la imaginación. Así la imaginación emerge de la práctica, del intentar interactuar con el mundo y con nuestras experiencias de este.

En esta misma línea, Sennett vincula la artesanía con el juego (2017: 329). Durante la infancia el juego nos enseña a ser sociables y nos inculca obediencia a las reglas. Pero, a la vez, contrarresta esa disciplina al permitir crear y experimentar con las reglas. De hecho, parte importante de jugar es escribir, reescribir y también romper las reglas del juego (ibid. 331). También la artesanía se asemeja al juego en que es algo que disfrutamos, que tiene un carácter lúdico. De hecho, sin esa capacidad lúdica no se puede realizar el trabajo artesanal.

Sin embargo, a ojos de Sennett, la artesanía enfrenta una gran amenaza, cual es el afán de desterrar del trabajo la incertidumbre y la dificultad; y junto a estas la libertad y la imaginación. Esta amenaza adopta diferentes formas. Una variante es el perfeccionismo, o querer hacer las cosas sin errores y teniendo todo predefinido desde el inicio. Así la/el perfeccionista, compite contra sí misma/o (ibid. 310). Otra forma que adopta esta amenaza, es buscar dar cuenta completamente, hasta el último detalle, del objeto de nuestra artesanía.

Por el contrario, la/el buena/n artesana/o “entiende la importancia del esbozo”, de la “falta de conocimiento acabado de los detalles de una empresa en el momento de embarcarse en ella” (ibid. 320). La/el artesana/o se embarca teniendo un norte, sabiendo más o menos a dónde quiere ir. Pero abierta/o a cómo llegar y también a, eventualmente, cambiar de rumbo, y por qué no, a cambiar de herramientas y de hábitos. Trabajar en base a esbozos evita que lleguemos a conclusiones prematuras y permite la emergencia de la imaginación, para resolver situaciones imprevistas, según las herramientas y materiales disponibles. Como dice Sennett, “en lugar de aspirar a lograr algo completo y acabado de una vez, habría que construir una estructura provisional que comenzara con un esbozo y fuera capaz de evolucionar” (ibid. 323).

Es decir, la/el buena/n artesana/o tiene el buen juicio de dejar cierta imperfección, de dejar irresuelto su objeto. Si uno resuelve algo a cabalidad, lo termina, lo cierra. Yo diría que el mayor fin no es resolver un problema o fenómeno, sino abrirlo: mostrar su complejidad, su carácter polifacético, contradictorio, y/o imprevisto. Asimismo, lograr atraer a más personas, que otros se interesen y comiencen a preguntarse y a explorar y a dialogar en torno a ese mismo asunto. Incentivar la curiosidad, la reflexión, más que imponer verdades reveladas que solo cierran e inhiben. En otras palabras, buscar abrir, más que cerrar. La/el artesana/o también busca cambiar de dominio, salir de su “zona de confort”, para ver otras realidades, para estimular, desafiar y ampliar sus habilidades.

A mí entender hay más amenazas y costos asociados a la práctica de la artesanía que los señalados por Sennett. Aquí quiero sobre todo rebatir la idea de que si uno se aboca a practicar la sociología como un oficio solo obtendrá consecuencias positivas. Por el contrario, en el mundo actual y tal vez particularmente en Chile dado su desbocado neoliberalismo, especialmente en el ámbito del trabajo, es claro que el camino de la artesanía intelectual las/os transformará, en trabajadoras/es mediocres: lentas/os y de escasa productividad en el corto plazo.

Probablemente serán evaluadas/os con una calificación “suficiente” o incluso “insuficiente”. Tal vez no logren ganar concursos y financiamiento por no cumplir con la productividad requerida. Aquí la falta de reconocimiento y de ser evaluada/o como mediocre es un costo real, que puede llevar a frustración y depresión. En la vida real solo podemos elegir entre escenarios imperfectos. Sea cual sea el que elijamos, ninguno será fácil y cada uno aportará sus formas particulares de dolor.

CONTRACORRIENTE, MÁRGENES Y VALORES

Una cosa es que Wright Mills, Richard Sennett o Zygmunt Bauman, hombres intelectuales de renombre mundial, de países de altos ingresos, escriban en la cúspide de sus carreras sobre la belleza de practicar artesanía intelectual. Otra muy distinta, es intentar llevar a la práctica dicha artesanía, más aún si se es mujer o no se pertenece al grupo hegemónico de la academia: hombres, blancos —o más bien mestizos (no indígenas) para el caso de América Latina—, de clase media o media-alta. A continuación, reflexiono en torno a mi propia experiencia respecto a cómo he intentado transitar más por el camino de la artesanía que por el de la profesión. Aspiración que por cierto habitualmente ha sido solo eso: una aspiración más que una práctica.

El proceso de creación de un libro, que acabo de coeditar con una colega (Ramm y Gideon 2020), me parece que se acerca al ideal de artesanía

que propone Sennett. Ese libro significó dedicarse por años a un problema concreto: el papel de la maternidad en cómo el Estado y las políticas públicas construyen y constriñen a las mujeres y cómo las propias mujeres usan la maternidad para constituirse en actrices legítimas del espacio público. Al inicio, y parte fundamental de mis ganas de hacer el libro, fue criticar la maternidad como herramienta para la lucha feminista.

Sin embargo, al terminar de escribir, mi concepción del papel que juega la maternidad en las luchas feministas había cambiado: llegué a la conclusión de que la maternidad no se podía desechar sin más, especialmente en sociedades conservadoras, como la chilena. Es decir, mi concepción del papel del objeto concreto de estudio con que estaba lidiando, cambió sustancialmente. Este cambio solo puede suceder si se parte con un esbozo, si se da tiempo al trabajo propiamente artesanal, y si se dialoga de manera honesta y creativa con la evidencia y con las/os otras/os.

De hecho, fue un libro que demoró, pues su idea surgió en una conferencia realizada en el año 2014 y el libro fue publicado el 2020. Ese tiempo no fue tiempo perdido, como muchas veces pensé, sino tiempo necesario. La artesanía es lenta, para dar tiempo al oficio y para lograr producir un objeto honesto y original. A esto se suma que fue un proyecto con escasos, a veces ningún financiamiento, y en el cual el diálogo y el aporte de las/os otras/os fue central. Las/os autoras/es discutimos e intercambiamos nuestros puntos de vista en torno al papel de la maternidad en el espacio público y también en torno a cosas mundanas y prácticas ¿Cómo conseguir financiamiento para traducir capítulos al inglés?, ¿para editarlos?, ¿para hacer el lanzamiento? Contrario a los discursos individualistas, ninguna creación es un producto individual. Como ya lo dijo Marx, el trabajo es social (2001) y la cooperación es lo que enriquece y hace al trabajo, a la artesanía, verdaderamente humana.

La experiencia de hacer este libro creo que muestra cómo la artesanía nos llama a no negar las limitaciones y dificultades, sino a buscar trabajar con estas. De ser posible, usar los problemas en nuestro provecho, en pos de

hacer un trabajo honesto. También a través de mi propia trayectoria he ido buscando espacios que sean más abiertos a la práctica de la artesanía. En marzo del año 2017 me fui a trabajar como profesora de jornada completa a la Escuela de Sociología de la Universidad de Valparaíso.

Para efectos de esta reflexión, baste decir que una de las razones para irme, fue la intuición de que en una universidad de provincia probablemente habría mayores espacios de libertad. Mi expectativa era que la lógica de la productividad no estaría aún instalada de manera tan férrea como suele serlo en las universidades de la capital. Mi intuición probó ser cierta. Si bien es muy difícil que hoy alguna universidad del país esté libre de la lógica productivista, que es ampliamente promovida por la institucionalidad de ciencia y tecnología estatal, hay diferencias de grado. Obviamente las universidades de provincia no tienen el mismo prestigio, ni los mismos recursos que las universidades de la metrópolis. Pero ya lo dije: no hay aquí opciones sin costos.

Otra razón fue la necesidad de salir de mi zona de confort. Toda mi vida había vivido en Santiago, excepto los años que estuve estudiando fuera del país, pero no sabía lo que era Chile fuera de Santiago. En Santiago estaba al centro de todo. Quería salir de ahí. En provincia soy extranjera y eso me da una perspectiva difícil de tener estando en Santiago (me imagino que para la gente de regiones el proceso sea el inverso). Además descubrí que Valparaíso es un lugar privilegiado para estimular la reflexión sociológica. Por un lado, se trata de una región con una notable diversidad, desde las islas de Rapa Nui y Juan Fernández, pasando por los puertos y la zona costera, siguiendo con los valles del interior y terminando en la cordillera de los Andes. Esta diversidad obliga a ampliar las prácticas del oficio, pues hace evidente que las herramientas y marcos de interpretación habituales no pueden ser aplicados de manera estándar. Hay que crear nuevos útiles de trabajo y modificar y adaptar los antiguos.

Por otra parte, se caracteriza por altos niveles de pobreza, exclusión, y violencia —incluyendo de género— junto a una tradición de lucha social. Al

mismo tiempo, Valparaíso, pese a estar ubicado en provincia es una ciudad más bien cosmopolita, tal vez producto de su puerto y de las comunidades extranjeras que le dieron origen. También su propia geografía, junto al mar, el desorden de sus cerros —y el ingenio desarrollado para habitarlos— crea un entorno que llama a revisar las prácticas del oficio. Una perspectiva que es difícil tener cuando se vive en la metrópolis del país.

Otro elemento que quiero incluir en esta reflexión, es que uno de los elementos clave en definir mi trayectoria es ser mujer. Los discursos modernos enfatizan la racionalidad como aspecto central de la vida social y proclaman el fin de las características adscritas. Sin embargo, el ser mujer sigue demostrando todo lo contrario: la centralidad del cuerpo en marcar nuestros destinos. El cuerpo es la condena de las mujeres, como ya lo mostró Simone de Beauvoir (2016). La raza o etnia, y las discapacidades físicas o mentales son otras manifestaciones de lo mismo: la corporalidad es un eje que estructura las sociedades contemporáneas y según esta se asignan derechos y obligaciones, privilegios y discriminaciones. Aquí aprovecho de mencionar que los discursos que enfatizan la supuesta racionalidad del saber son reacios a dar cuenta del cómo se construyen saberes, de cómo están condicionados y estructurados socialmente y, más aún, a reconocer las jerarquías de saberes (Ramm 2015).

En este contexto es claro que la figura del intelectual es una figura masculina. Como lo muestra lúcidamente el reciente texto de Mary Beard (2018), el poder es masculino, y el poder académico-intelectual no es la excepción. Las mujeres, al igual que otros grupos subalternos, difícilmente son reconocidas como intelectuales por sus pares masculinos. Es más, las propias mujeres rehúyen definirse como tales. Cosa contraria a lo que sucede con los hombres, al menos con los hombres hegemónicos en términos de clase y de raza (Millacura 2015). Desde el ejercicio de la artesanía, esta marginación significa, tener más y diferentes materiales con los cuales trabajar y la necesidad de explorar y experimentar con viejas y nuevas herramientas para hacerlo.

La artesanía no es una forma de trabajar y de vivir que traiga felicidad ni mucho menos, pues es incapaz de borrar la realidad de la vida humana. Vida que, por cierto, siempre se encarga de aportar sufrimiento, injusticia, violencia y demás males en abundancia. Tampoco hace las cosas más fáciles, sino que, como indiqué antes, incluso es probable que haga nuestras vidas más difíciles al llevarnos a remar contra corriente. Contra corriente de las demandas de productividad, eficiencia, rapidez, competitividad, y multitarea. Nuestros ingresos se verán mermados, el reconocimiento social será escaso y difícilmente podremos hacer “carrera”, en el sentido de seguir la trayectoria laboral esperada e impuesta por el mercado. Por todo lo anterior, el hacer artesanía me parece que se asemeja mucho a tener hijas/os: solo complica las cosas y hace aún más difícil la existencia.

El truco está, a mi entender, en que al decidir ser artesanas/os estamos afirmando ciertos valores básicos: el aprecio por nuestro trabajo, que se traduce en tratar con respeto, dedicación y genuina curiosidad al objeto de estudio que tengamos entre manos. Al optar por estos valores, también nos liberamos de la carga de tener que estudiar “cosas importantes”. Estos valores se refieren al cómo, a cómo decidimos enfrentar el trabajo intelectual. Esa es una decisión cotidiana, referida al comportamiento diario: no es una pregunta angustiosa sobre el sentido final de nuestra existencia. Bauman no sostuvo exactamente esto, pero muy probablemente esto sea lo que estaba a la base cuando dijo:

¿Qué puedo decir encontrándome ya al final de mi propio camino? Si busca una vida confortable, dedíquese a otra cosa. Obviamente, dedicarse a la sociología no es un medio de hacerse rico, ni tampoco es un medio para tener una vida tranquila. Es, en el mejor de los casos (...), un medio de tener una vida plena, con la gratificación que aporta el trabajo bien hecho para dejar el mundo, al conjunto de los seres humanos, en una situación solo un poco mejor (y sobre todo no peor) que la que ofrecía al llegar (Bauman 2014: 135).

Volviendo a la figura del *backstage*, es claro que la mente y la racionalidad han acaparado las luces y el escenario de la producción intelectual, negando cualquier relación con el cuerpo. Sin embargo, la perspectiva de la artesanía nos muestra que en verdad el cuerpo, al igual que en la vida social, se encuentra al centro de la creación intelectual. Es la corporalidad la que permite la artesanía intelectual, pues es gracias al cuerpo que podemos llevar a cabo las prácticas que forman el hábito de la producción intelectual. También se alojan en el cuerpo las emociones, especialmente la obsesión, requeridas para navegar contracorriente intentando ejercer la sociología como una artesanía.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, ZYGMUNT (2014). *¿Para qué sirve realmente un sociólogo? Conversaciones con Michael Hviid Jacobsen y Keith Tester*. Buenos Aires, Paidós.
- BEARD, MARY (2018). *Mujeres y poder. Un manifiesto*. Barcelona, Crítica.
- DE BEAUVOIR, SIMONE (2016). *El segundo sexo*. Buenos Aires, Debolsillo.
- DURKHEIM, ÉMILE (2001). *La división del trabajo social*. Madrid, Akal.
- HYDE, LEWIS (2008). “Making It”. *The New York Times*. Obtenido de <https://www.nytimes.com/2008/04/06/books/review/Hyde-t.html>
- MARX, KARL (2001). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid, Alianza.
- MILLACURA, CLAUDIO (2015). “No existe aquello conocido como intelectual indígena”, en Angela Boitano y Alejandra Ramm (comps.) *Rupturas e identidades: cuestionando la nación y la academia desde la etnia y el género*. Santiago de Chile, RIL: 131-150.
- OECD (2017). *Education in Chile*. Paris, OECD Publishing.
- RAMM, ALEJANDRA (2015). “Género, academia y chilenidad: el viaje de una profesora universitaria chilena”, en Angela Boitano y Alejandra Ramm (Comps.), *Rupturas e identidades: cuestionando la Nación y la Academia desde la etnia y el género*. Santiago de Chile, RIL: 67-95
- RAMM, ALEJANDRA Y GIDEON, JASMINE (EDS.) (2020). *Motherhood, Social Policies and Women’s Activism in Latin America*. Cham, Palgrave Macmillan.
- REYES HERRERA, SONIA (2019). “Una historia, tres momentos”. Obtenido de <http://valpoavoces.cl/>
- SEHNBRUCH, KIRSTEN (2006). *The Chilean Labor Market: A Key to Understanding Latin American Labor Markets*. Basingstoke, Palgrave Macmillan.

- SENNETT, RICHARD (2017). *El artesano*. Barcelona, Anagrama.
- STEGER, MANFRED Y ROY, RAVI (2010). *Neoliberalism: A Very Short Introduction*. Oxford, Oxford University Press.
- WEBER, MAX (1997). *Economía y sociedad: esbozo de una sociología comprensiva*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- WEBER, MAX (2013). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal.
- WRIGHT MILLS, CHARLES (2003). *La imaginación sociológica*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica.

SOBRE LA AUTORA

Alejandra Ramm es Doctora en Sociología, Universidad de Cambridge, Reino Unido. Profesora de la Universidad de Valparaíso. Investigadora del Núcleo Milenio para el Estudio del Curso de la Vida y la Vulnerabilidad (MLIV) (<http://mliv.cl/>). Sus áreas de investigación son género y políticas públicas, familias y sistemas de parentesco, feminismos, género y etnia; y violencia y cárcel. Publicó en el *Journal of Latin American Studies* un artículo sobre convivencia, patriarcado y políticas públicas y en el *Journal of Comparative Family Studies* uno sobre convivencia y género. Recientemente publicó en el prestigioso *British Medical Journal Open* (BMJ Open) un artículo sobre actitudes hacia el aborto entre estudiantes y docentes de medicina y obstetricia en Chile. En relación a género y políticas públicas coeditó con Jasmine Gideon el volumen *Motherhood, Social Policies and Women's Activism in Latin America* (2020, Palgrave Macmillan). Asimismo, coeditó junto a Angela Boitano el volumen *Rupturas e identidades* (RIL, 2015), que hace una crítica al Estado y a la academia desde la etnia y el género. También es autora de un libro que revisa, desde la experiencia de los imputados, la reforma del sistema penal chileno, *Imputados* (UDP, 2005). Actualmente es coeditora de la serie *Women's Work* de la editorial Agenda Publishing (Reino Unido).